

PRIMAVERA APOLINEA

ALEJANDRO SUX

I

Una copiosa cabellera. Unos ojos de ensueño y de voluntad. Juventud, mucha juventud: un poeta. Habla:

—Yo nací del otro lado del Océano, en la tierra de las pampas y del gran Río. Desde mi pubertad me sentí Abel; un Abel resuelto á vivir toda mi vida y á desarmar á Caín de su quijada de asno. Afligí á mis padres, puesto que muy temprano vieron en mí el signo de la lira. Se me rodeó de guarismos en el ambiente de las transacciones y salté la valla. De todo el himno de la patria, sólo quedó en mi espíritu cantando un verso: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Y me senti desde luego libre, por mi íntima y determinada volición.

Y conocí á un hermano mayor, á un compañero, que tendiendo la diestra me señaló un vasto campo, para las luchas y para los clamores. Me inició en el sentimiento de la solidaridad humana, aquel joven bello y atrevido, de vida trágica y de versos fuertes. Mi bohemia se mezcló á las agitaciones proletarias, y, aun adolescente, me juzgué determinado á rojas campañas y protestas. Fraseé cosas locamente audaces y rimé sonoras imposibilidades. Mi alma anhelante de ejercicios y actividades, fluctuó en su primavera sobre el suburbio. No sabía yo bien á donde iba, sino á donde llamaban lejanos clarines. Me embebí en el misterio de la naturaleza y el destino de las muchedumbres, enigma fué, para mí, tema y obsesión. Ardí de orgullo. Consideréme

en la solidaridad humana vibrantemente personal. Nada me fué extraño y mi yo invadía el universo, sin otro bagaje que el que mi caja craneana portaba de ensueños y de ideas. Mi espíritu era un jardín. Mis ambiciones eran, en mi debilidad humana, alas divinas. Y, como no encontraba campaña mejor que la que levantaba el alma de los desheredados, de los humildes, de los pobres, de los trabajadores, me fuí á buscar á Cristo por los mesones de los barrios bajos y por los pesebres.

Creí—¡aurora irreflexiva!—en la fuerza del odio, sin comprender todavía la inutilidad de la violencia. No acaricié el instrumento de mis cantos, sino que le apreté contra mi corazón con una como furia desmedida. Comprendía que yo había nacido para ser una voz de la vasta comunidad sedienta de justicia, buscadora de inauditas bienaventuranzas. Mi derrotero iba siempre hacia el azul. Para todo el comprimido río de mis ideas juveniles no hallé mejor salida que el cauce de las sensaciones y las cataratas de las palabras. Mi rebeldía iba coronada de flores. No tenía más compañeros que los que veía dispuestos á las luchas nobles y á los buenos combates. Yo creí ver pasar «El gran rebaño». «Yo lo soñé una noche cavernosa que evocaba apariciones de muertas humanidades, mientras pensaba, apartado de los hombres, como un cóndor solitario adormecido en la grandeza de las heladas cumbres, con la visión desesperante de una colmena humana miserable que recortábase en la blanca sábana de nieve como un borrón en una página alba. Algún hábito cristiano me inspiró en aquella hora y la estrofa que otras veces abofeteara á los viles, se retorció en un gesto de insultadora lástima.» Amé la grandilocuencia, pues sabía que los profetas hablaban en tropos á los pueblos y los poetas y las pitonisas en enigmas á las edades. Buscaba en veces la oscuridad. Me preocupaba á todas horas la interrogación de lo fatal. Oía hablar el hierro. Mi primer amor no fué de rosas soñadas, sino de carne viva. Me amaciqué desde muy temprano á los golpes de la existencia. Fuí á acariciar el pecho de la miseria. Y surgió el amor, y hasta el dolor entonces fué para mí de aurora. ¿Romántico? Hasta donde dorara la pasión de la más sublime de las realidades representada en una adolescente rosa femenina. Todo en verdad estaba dorado por la felicidad, hasta la tristeza y la penuria de los que fuesen favoritos de mi lástima. Mis ideales de venturanza humana no se aminoraron sin embargo, mas se dulcificaban, á pesar de mis impulsos y proclamas de brega, por la virtud de una alma y de una boca de mujer. Vida, sangre y alma busco y encuentro en la mujer de mis dilecciones. Mas no por eso olvidé el sufrimiento de

los que consideraba mis hermanos de abajo, cuyas primeras angustias fuí á buscar hasta las pretéritas y cíclicas tradiciones de la vida. Mi carácter se encabritaba en veces,

¡bravo potro salvaje
que no ha sentido espuelas de jinete!

No pude nunca comprender el rebajamiento de las voluntades, las villanías y miserias morales que manchan en ocasiones las más finas perlas. En ocasiones huía de la ciudad y hallaba en la inmensidad pampeana vuelos de poemas que se confundían en mis ansias íntimas. El ritmo universal se confundía con mi propio ritmo, con el correr de mi sangre y el nacer de mis versos. De retorno á la urbe, hablaba á la muchedumbre. Vivía cara á cara con la pobreza, pero en un ambiente de libertad y de amor. Con el vigor de la primera edad, con mi tesoro de ilusiones y de ensueños, no pude evitar momentos de delirio, de desaliento, de vacilaciones. Consagréme caballero de la rebeldía, pero sintiendo siempre las dificultades de todo triunfo. Llegué á comprender las fatalidades de la injusticia, y mi simpatía fué á los grandes caídos, Satán, Caín, Judas. Encontré por fin estrecha mi tierra, con ser tan ancha y larga, y vi más allá del mar el porvenir. Solicité los éxodos y ambicioné la vida heroica. El Océano fué una nueva revelación para mis alas mentales. El amor mismo fué animador de mis designios de conquista. En el viejo continente proseguí en mis anhelos libertarios. Tomé parte en luchas populares, vi el incendio, la profanación; oí los alaridos de la Bestia policéfala, y creía en el mejoramiento de la humanidad por el sacrificio y el escarmiento. Revivían en mi mente las antiguas leyendas de mi tierra americana y las autóctonas divinidades de los pasados mitos reaparecerían en mis prosas combativas y en mis estrofas amplias y sonantes. «La historia del viejo ombú despertó el alma de las tres razas que dormían en mí.» Y el viento de Europa, el soplo ario, al mover mis largos cabellos, me infundió su nuevo y desconocido aliento.

Y luego fué como mi despertar, como una nueva visión de vida. Comprendí la inutilidad de la violencia y el rebajamiento de la democracia. Comprendí que hay una ley fatal que rige nuestras vidas, instantáneas en la eternidad. Supe más que nunca, que nuestra redención del sufrir humano está tan solamente en el amor. Que el gozo del existir debe ser nuestra virtud de paraíso. Que el poema de nuestra simiente ó de nuestro cerebro es un producto sagrado. Que el misterio está en todo,

y sobre todo en nosotros mismos, y que puede ser de sombra y de claridad. Y que el sol, la fruta, la rosa, el diamante y el ruiseñor se tienen con amar.

II

Así habló el bizarro poeta de la larga cabellera, en una hora armoniosa, en que la tarde diluía sus complacencias dulces en un aire de oro. El cuarto era modesto; el antiguo libertario revelaba sus aristocracias de artista, con el orgullo de su talento, con su amada, con esa auténtica, y con una Juventud llena de futuro, más auténtica aún.

Y salimos al hervor de París.

París, febrero, 1911.

RUBÉN DARÍO

PREFACIO

Cuando el editor de este libro, señor Juan de la Presa —uno de los pocos á quienes merece medirse con vara especial,— me encomendó la serie de semblanzas que el lector hallará, hacia seis horas que acababa de desembarcar en el puerto de Barcelona, sin más equipaje que algunos libros de muchachos jóvenes, sin más capital que una pluma núbil, y sin más cartas de recomendación que un puñado de cuartillas.

Entre dos books, el célebre editor de los «Pequeños grandes libros», me dijo:

—Para empezar, escribame usted un artículo semanal. Hable usted de los jóvenes; de los poetas, de los prosistas, de los pintores... Artículos cortos... una semblanza, si le parece.

Sin meditar á lo que me comprometía, le contesté que sí. Y desde ese momento, todas las semanas le llevaba mi artículo.

Mi pequeña provisión de libros me daba materia prima para estas semblanzas escritas al correr de la pluma; algunos recuerdos personales contribuyeron á darles amenidad. Después escribí á todos los amigos que en América tengo pidiéndoles sus obras, algunos datos biográficos... en fin, la materia prima. Algunos contestaron, muchos no. Sin embargo, yo continué llevando mi artículo semanal por mucho tiempo.

En París, luego, conocí á los demás, personal ó intelectualmente, y la serie de semblanzas se enriqueció en grande con la novedad de los tipos, del medio, de las impresiones...

Sé bien que esta obra está lejos de ser completa y bien hilvanada, pero os aseguro que ella es sincera, que la guía una buena y sana intención y que contribuirá en su

medida á estrechar los lazos de fraternidad internacional en la América española.

Muchas de las ideas presentes en el libro, hoy han evolucionado en mí; muchas opiniones no son las del momento... y así. Pero no he querido cambiarlas ó adaptarlas á mi modo de ver presente, por no quitarles la frescura del tiempo en que fueron escritas.

De los claros que se noten en ella culpa tienen muchos de los mismos que los reparen, pues yo no he omitido esfuerzo para que estuviera representada toda la juventud intelectual que en una forma ú en otra lucha por el sostenimiento del Ideal en esas tierras prematuramente mercantilizadas y en muchos conceptos semisalvajes. Alguna culpa tendrán también las largas distancias que nos separan más que los caseros antagonismos nacionales, la falta de buenos caminos, la pereza... y el mal funcionamiento de las oficinas del Correo.

He querido dar una muestra de todas nuestras flores tiernas, de los matices más varios, que representan en cada región de América las distintas familias que dan carácter á nuestra flora millonaria. Sé que alguna vez habré errado... Pero, por fortuna mía, no soy más que un ciudadano, lo suficientemente enemigo de las tiaras y de las bigoteras guillermas. ¿Que entre los jóvenes figura alguno que es padre ya de toda una generación? Mejor para él y peor para mí. Sé que hay mucha gente asustadiza de que se le mezcle con los imberbes, y sé que hoy las personas aspirantes á buenos porvenires desean ser «hombres de experiencia» y no líricos más ó menos peligrosos; pero esto no me entristece. Los que se encuentren en el caso, suponganme una buena dosis de buen humor y no perderán el suyo. Todo esto, por si acaso.

Además de lo anterior, que es no poco, he tenido preferencias por los que conocí en mis vagabundeos por este mundo y por los que me hablaron de sus almas bajo sobre, en tarjetas postales ó en papel impreso. Por las almas se puede juzgar el caudal de fuerzas motrices que encierra un cerebro joven, para la ascensión; los libros de la juventud engañan, aunque espoleen; más en la América, donde la vida artística es un juego de espejos mejor ó peor ejecutado. ¡Somos ó no somos americanos, qué diablos! Por eso no os extrañe que no hable ó hable

sin entusiasmo, de los que sin moverse del terruño, donde no ven más que ganados, pastos, curanderos, políticos, abogados y revolucionarios, nos cuentan los dolores de la blanca castellana, del dulce paje, de la princesa melancólica, de las viejas torres de los castillos, de las evocadoras góndolas venecianas, etcétera, etcétera, etcétera. En un alma podemos entrever una evolución con más seguridad que en un libro. Y como yo no tengo interés en presentar á posibles fracasados... Esto no obsta para que al recibo de este volumen, muchos de los que figuren en él lo sean, en cuyo caso significará que no soy un buen conocedor de almas. ¡Pardon!

«Los pueblos de Sud América no se conocen. El Arte y la Ciencia que deben expandirse por sobre las fronteras convencionales, á través de las cordilleras y los mares, se han enfrascado en el reducido círculo de cada nación sudamericana. La vieja Europa nos enceguece con sus reflectores y nos priva de ver los astros de la América virgen.» Esto decía yo hace tres años en una revista que fundara en Mendoza. A pesar del tiempo transcurrido y ahora que vivo en el cerebro del mundo, lo repito: Europa nos deslumbra con su farmacopea, su alquimia y sus flores de invernáculo; como nos alucina de la bailadora que luce alhajas de cartón dorado, y perlas de porcelana y brillantes de vidrio, en el escenario de un music-hall que en los entretelones huele á ratas y se siente el roce, en la epidermis, de las telarañas. Es bueno que la farsa termine y no se rían de nosotros, de nuestra infantil credulidad, de nuestra cándida admiración, de nuestra aldeana buena fe. Aquí nos ignoran de la manera más ofensiva—salvo una reducida élite intelectual;—es inútil que pretendáis convencer á un parisiense de que en América se habla español; la América para ellos se reduce á los Estados Unidos; y de esta opinión tienen la culpa los yanquis, que nos llevan de la mano como á hijos menores ó á parientes pobres, presentándonos á las potencias europeas con un mohín de conmiseración que quiere decir: «Disimulen ustedes y to-

leren». Pero también nosotros tenemos la culpa, porque nos dejamos engañar con cuatro palmaditas y dos ó tres frases melosas que terminan siempre con un pedido de propina que jamás niega nuestra quijotesca generosidad, un poco acicateada por nuestra vana tontería.

También en América tenemos hombres capaces de enseñarnos historia del Arte, de Roma, de Grecia, de la India... y todas las historias; porque, una cosa que nos hace superior á los europeos en punto á ilustración, es que sabemos lo de ellos más lo nuestro.

Por eso me regocija ver aquí una numerosa colonia de sudamericanos intelectuales que poco á poco, pero incansante y seguramente, va imponiéndose en las casas editoras, en las revistas, en los periódicos, en las academias, en los Salones de Arte... Por eso deseo que todos nos conozcamos bien, y por eso espero que nosotros los jóvenes, aprendamos á bastarnos mañana.

La juventud es el porvenir y ella debe aprender por el pasado de otros, que los maestros en nuestra América no son muchas veces más que oportunistas, traductores, adaptadores y hasta copistas de la gente nueva extranjera ó la poco conocida aún en los círculos literarios de sus respectivos países. (Hay alusión... y más tarde habrá algo mejor.)

El caciquismo literario que acatamos, es una consecuencia del político que sufrimos. Conociendo nuestro propio valer, acabaremos con ambos.

Este libro no tiene otro objeto.

Paris, 1910.

ARGENTINA

ALBERTO GHIRALDO

Hablar de Alberto Ghirardo sin nombrar el anarquismo de la República Argentina, es lo mismo que querer hablar de Cristo olvidando su prédica. En Buenos Aires, Alberto Ghirardo es, para los periódicos y el público, algo así como el símbolo viviente de la Anarquía, á pesar de su cara arcángélica, de sus manos aristócratas y su melena rubia.

Le conocí director de «La Protesta», y él quizás tiene alguna culpa de que yo haya tomado en serio la carrera literaria, pues hubo de su parte aliento y brindis generosos. En el diario ácrata, en su desgraciado «Buenos Aires», en «La Nación» y en sus revistas «El Sol», «Martín Fierro» y la actual «Ideas y Figuras», se halla su agitada y siempre valiente obra periodística. Publicó «Fibras», un libro de versos que fué como el primer peldaño de una larga escalera de rebeldías; «Música prohibida», de ruidoso éxito, también versos, versos duros como el pan de los desgraciados y los puños encallecidos de los parias; versos agudos, afilados como el puñal que esgrime entre las sombras el odio y la venganza; versos rojos como la bandera de la libertad y como la sangre de la chusma generosa que se vierte en los campos de batalla, en las murallas de las cárceles y en los cadalsos; versos agrios, con la acidez y la amargura de los días proletarios llenos de sudores y de lágrimas; versos dolorosos como las muecas y las sonrisas de la plebe enjugada y escarnecida... No en vano se dice que los anarquistas tienen un espíritu análogo al de los primeros cristianos, pues Ghirardo, que tiene como todos ellos un